

El pulso de la semana

Es muy conocido el grotesco incidente que se dio durante la guerra civil española, cuando un general fascista invadió la Universidad de Salamanca y frente a las protestas de su rector, el sabio Menéndez y Pelayo, el uniformado con gran insolencia le gritó: “¡muera la inteligencia!”

Nada diferente ha sido el incidente que se dio en el recinto de León de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN), cuando un grupo de estudiantes orteguistas, atrincherados en el local, impidieron, por la fuerza y con insultos y amenazas, al escritor Sergio Ramírez Mercado, ex-vicepresidente de la República, presentar su última novela.

Fue lo mismo que ocurrió el año pasado cuando impidieron el acceso a ese recinto a Dora María Téllez, después de su huelga de hambre.

Todo corresponde al mismo patrón del gobierno orteguista: intolerancia total frente a la diferencia de opiniones, y tácticas fascistas para impedir la manifestación de opiniones diferentes.

Lo ocurrido en León no es diferente, en su naturaleza, a la violencia que se utilizó antes y después de las elecciones municipales, para impedir las manifestaciones opositoras. Ni es diferente a las coacciones y represiones que se ejercen contra los medios de comunicación independientes, cercenando y limitando la libertad de expresión.

Todo eso corresponde a lo que ya resulta evidente: en Nicaragua se ha establecido una dictadura institucional, o si se le quiere llamar, “dictadura de baja intensidad”, porque conserva ciertas formalidades de la democracia, pero dictadura al fin y al cabo.

El bozal a las ONG

De esa dictadura forma parte el bozal, que a título de manual, pretende poner en vigencia el gobierno para desde el Ministerio de Gobernación privar de toda autonomía a las

Organizaciones no Gubernamentales (ONG).

El origen de las hoy llamadas ONG, o buena parte de su origen, está en lo que a finales de los años 60 en algunos países europeos, Alemania y Holanda de manera relevante, se llamó “cofinanciamiento”. Los gobiernos de esos países agregaban dinero del presupuesto gubernamental al que Iglesias y organizaciones no gubernamentales de esos países recogían a través de donaciones de particulares, muchas veces limosnas de las iglesias, para canalizar ayuda a proyectos sociales y económicos en los países subdesarrollados. Era, en cierta forma, una manera de canalizar ayuda de los países desarrollados a países pobres, como Nicaragua, que estaban gobernados por dictaduras, como la de Somoza, a las que no se quería financiar.

Pero a la dictadura de Somoza nunca se le ocurrió legislar o tomar decisiones administrativas para impedir esa actividad, muchas veces amparada bajo el alero de la iglesia católica o las iglesias evangélicas, como fue el caso del Centro Evangélico para el Desarrollo (CEPAD). Pero Ortega, que está asfixiando a Nicaragua, está yendo más allá de Somoza. Tan autoritario como Somoza, entonces, pero además totalitario, porque no hay espacio de la vida de los nicaragüenses en que no quiera entrometerse.

Estamos, entonces, frente al caso en ciernes de una “dictadura totalitaria de baja intensidad”.

Si se le permite

Ortega seguirá adelante con su proyecto autoritario y totalitario, si se le permite. En primer lugar, si se lo permitimos los nicaragüenses. Los espacios que aún quedan deben ser ocupados vigorosamente para impedir esos intentos de Ortega. No es inevitable que Ortega consolide su proyecto autoritario, como algunos, desalentados, ya comienzan a decir. Hay

algunas razones básicas para estar seguros que se puede derrotar a Ortega.

En primer lugar, cada vez son menos los que a título personal, o gremial, creen que las estrategias de apaciguamiento con Ortega funcionan. El seguirá adelante con su proyecto, hasta dónde se le deje llegar, y entre más tarde, peor.

En segundo lugar, el accionar represivo de Ortega está basado en la premisa equivocada que hay nicaragüenses más valientes que otros. Fue la misma premisa de los años 80, hasta que la realidad demostró que ambos bandos de la guerra civil eran igualmente valientes y arrojados. La violencia callejera de Ortega tendrá respuesta, hoy o mañana, pero como he citado en otras ocasiones, “la represión puede retrasar el día de la caída de los tiranos, pero fortalece la inevitabilidad de ese día”, según escribió John Steinbeck en su libro “Las uvas de la ira”.

En tercer lugar, Ortega sigue siendo minoría política, minoría grande si se quiere, pero minoría, y al paso que va, en que solamente le interesa fidelizar a sus simpatizantes y no le interesa beneficiar a todos los nicaragüenses, seguirá siendo minoría. Ningún régimen de minoría ha podido sostenerse indefinidamente en la historia.

En cuarto lugar, Ortega no tiene fuerzas armadas privadas. El Ejército y la Policía son nacionales, institucionales, y los intentos de erosionar su institucionalización y profesionalismo tienen límites. Tenemos ahora una confusión Estado-Familia Gobernante-Partido, pero es imposible que se vuelva a repetir la confusión Estado-Ejército-Partido.

En quinto lugar, las nuevas tecnologías -el celular, el Internet, la rapidez y bajo costo de la impresión escrita, la facilidad de los desplazamientos físicos- impiden las mordazas y los silenciamientos de antes.

Lo anterior, en cuanto a los

nicaragüenses. Tampoco es previsible que la comunidad internacional, que ya comienza a atisbar una transición en Cuba y se da cuenta de las crecientes dificultades de Chávez en Venezuela, vea con pasividad que en Nicaragua se establezca una dictadura.

Democracia sí, Dictadura no

La certeza que no es inevitable el establecimiento de una nueva dictadura, quedó en evidencia en las pasadas elecciones municipales en que el pueblo masivamente respondió al eslogan “democracia sí, dictadura no”.

No deja de sorprender, entonces, que haya todavía quienes, supuestamente desde la izquierda, insistan en que la contradicción más importante de este país es entre izquierda y derecha. Eso supone que Ortega es de izquierda. Nada más falso.

Un signo de distinción de la izquierda, desde el siglo XIX, ha sido el privilegio de lo público, que no quiere decir estatismo como lo demuestran todas las variantes de socialismo democrático, frente a lo privado. Y resulta que Ortega, que se hace agua la boca en críticas contra lo que llama gobierno neoliberales, es el mayor privatizador que ha tenido este país: Ortega tiene privatizados a bienes públicos tan importantes como la justicia y el sistema electoral; es más, Ortega tiene privatizado, y peor aún, patrimonializado, al Estado. Todo el Estado es su patrimonio. ¿Es eso ser de izquierda?. Y desde la supuesta derecha, hay quienes se obstinan, desde odios cavernarios, en mantener vivo el antagonismo sandinismo-antisandinismo, variante del anterior conflicto izquierda-derecha, con lo cual terminan haciendo el juego a Ortega. Y revelan un desconocimiento tal, que siguiendo esa lógica, ni Lula, ni Bachelet, ni Tavaré Vázquez, por ser de izquierda, serían demócratas.